

sino argolla esclavizadora; no somos nosotros culpables sino víctimas de esa legislación que establece que los frutos, clasificados en naturales, industriales y civiles, sean despojados de ellos en virtud de un precepto según el cual la propiedad de los bienes da derecho por accesión a todo lo que ellos producen, o se les une o incorpora, natural o artificialmente, y que

eterniza esa injusticia, transmitiendo por herencia esos bienes, con esos supuestos derechos, a recién nacidos, que encuentran en su cuna un título que hace mezclar la lactancia mercenaria que les alimenta con sudor, sangre y lágrimas de infelices estrujados por la usurpación legal.

ANSELMO LORENZO

Historia de las ideas morales

XI

Moral cristiana

Como es sabido, creíase generalmente entre los judíos que su religión y su nación, porque las dos cosas eran una sola, en razón de su origen divino, habían de durar tanto como el mundo. Como consecuencia, había llegado á ser evidente que, vencida por la superioridad de las armas romanas, la nacionalidad judía iba a perecer. Luego el fin del mundo estaba próximo, y era necesario prepararse a él haciendo penitencia: eso enseñaba Juan por el símbolo de su bautismo purificador; pero Juan se limitaba a predicar las necesidades de una reforma de las costumbres sin explicar en qué consistía tal reforma. Esa tarea estaba reservada a Jesús, el mayor de sus discípulos.

Jesús no enseñó ningún dogma; no se presentó como filósofo ni como fundador de una religión. Como Confucio y Sócrates, se limitó a la misión de moralista.

Si tenida en cuenta la dulzura y la mansedumbre debidas al carácter eseniano de su autor, y despojada la moral evangélica de aquellas máximas generales: «Ama a tu prójimo como a ti mismo, no hagas a otro lo que no quieras que te hagan, etc., etc.», que constituyen el fondo mismo de toda moral, que todos proclamaban y que encontramos en las obras de escritores mucho más antiguos, se busca lo que es propio y especial de esa moral, pronto se

llega a comprender que su objeto, menos que enseñarnos a vivir bien, trata de enseñarnos a bien morir.

El Evangelio, cuando se le estudia sin preocupaciones hostiles ni favorables, no es más que el testamento de una sociedad agonizante.

¿A qué trabajar si no se extinguirá la generación presente antes que llegue el fin del mundo? Trabajan los infieles, ya que no saben que los lirios no hilan ni cosen, y sin embargo, están más ricamente adornados que Salomón en toda su gloria, ya que ignoran que nuestro Padre celestial no permite que carezcan de nada los que tienen fe en él. No busquéis las riquezas, porque es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino celestial; no tratéis de instruiros, porque la felicidad eterna es para los pobres de espíritu.

¿Qué ha de hacerse? Ayunar y orar; perdonar a vuestros enemigos para que Dios os perdone vuestras ofensas, porque el día del juicio se acerca.

Parecen extractos de los *Vedas* ó de las leyes de Manú esos textos del Evangelio. No se olvide que Jesús era esenio, y que los esenios eran entre los judíos los representantes del pensamiento sincretista que tuvo su origen en la India.

Con esa moral pueden hacerse ana-